

RETROCAPITALISMO

El término 'retrocapitalismo' ha sido utilizado previamente en contextos vinculados a nostalgia cultural, vaporwave y estética tardocapitalista. Este marco lo emplea en un sentido distinto: no como evocación retro del capitalismo, sino como abreviatura de capitalismo retroalimentado.

El retrocapitalismo describe un sistema económico que aprende. Aprende de cada clic, cada segundo de atención, cada compra impulsiva, cada reacción emocional. Y con lo que aprende, se recalibra para extraer más de lo mismo.

El daño que produce este sistema no requiere planificación maliciosa. Surge de algo más banal y más difícil de combatir: la competencia. Las empresas que sobreviven son las que mejor capturan atención, generan recurrencia y producen dependencia. Las que no lo hacen, desaparecen. El resultado es un ecosistema que selecciona, casi darwinianamente, las estrategias más extractivas.

La retroalimentación es el mecanismo central. El comportamiento humano alimenta el sistema. El sistema se optimiza. El entorno rediseñado modifica el comportamiento. El comportamiento modificado vuelve a alimentar el sistema. El bucle no tiene un director de orquesta. Funciona solo.

Los principios del sistema

Retroalimentación conductual

Cada interacción con el sistema económico es simultáneamente una transacción y un dato de entrenamiento. El usuario no solo consume: enseña. Las plataformas, los servicios, los algoritmos aprenden continuamente qué formatos, qué estímulos, qué fricciones y qué recompensas producen los comportamientos más rentables. La conducta individual es, sin que el individuo lo perciba, materia prima.

Adaptación competitiva

Las empresas no necesitan proponerse hacer daño. Basta con que compitan. En entornos de alta presión selectiva, las estrategias que se imponen son las que mejor funcionan en términos de captura conductual, independientemente de sus efectos sobre el bienestar colectivo. La toxicidad no es un objetivo; es, con frecuencia, un subproducto de la optimización.

Amplificación selectiva

El sistema no amplifica todas las preferencias humanas por igual. Amplifica las que ofrecen mayor rendimiento conductual: la recompensa inmediata frente a la satisfacción diferida, la hiperestimulación frente a la atención sostenida, la validación social frente al criterio propio, la simplificación frente a la complejidad. El retrocapitalismo no inventa estas predisposiciones. Las encuentra, las cuantifica y las escala.

Naturalización adaptativa

Este es el principio más insidioso. El sistema no solo explota vulnerabilidades existentes: rediseña el entorno cultural hasta que esas vulnerabilidades se convierten en la norma. El ejemplo del cine es ilustrativo: Netflix, al detectar que los espectadores abandonan si no hay un golpe de efecto en los primeros diez minutos, no lamenta la situación. Exige que los guiones se reescriban para ese umbral. Con el tiempo, la audiencia educada en ese formato pierde la tolerancia para narrativas más lentas. El sistema convierte su propia optimización en expectativa cultural, y luego usa esa expectativa para justificar profundizar la optimización. El metro con el que se podría medir el deterioro desaparece en el proceso.

Servilismo instrumental

Las corporaciones dentro del sistema retrocapitalista adoptan con frecuencia una postura de obediencia exagerada hacia el consumidor. Toda decisión extractiva se presenta como respuesta a una demanda legítima. El algoritmo que elimina el cine lento no impone nada: "escucha a su audiencia". La comida ultraprocesada no enferma: "brinda una solución rápida y sabrosa a millones de consumidores y a un precio asequible". La deuda de consumo no empobrece: "ofrece libertad de elección inmediata".

Este servilismo tiene una función precisa: desplazar la responsabilidad hacia el consumidor y desactivar la crítica antes de que pueda formularse. Si la corporación no hace más que

atender lo que el usuario pide, cualquier objeción se convierte en paternalismo, en elitismo, en negación de la autonomía ajena.

Lo que el argumento oculta es que las preferencias que el sistema atiende tan solícitamente son, en buena medida, preferencias que el mismo sistema ha generado, amplificado y normalizado a través de ciclos previos del bucle. El servilismo opera sobre una demanda que no es espontánea sino cultivada. Atender fielmente lo que uno mismo ha condicionado no es neutralidad. Es el cierre más elegante del bucle.

Este mecanismo se refuerza por el pánico corporativo ante la crítica pública. Una reseña negativa viral, un comentario con miles de compartidos, una campaña de indignación en redes puede causar daño reputacional desproporcionado respecto al problema original. El resultado es que las corporaciones desarrollan una hipersensibilidad defensiva que las empuja a anticipar y neutralizar cualquier fricción, cualquier incomodidad, cualquier exigencia que el consumidor pudiera expresar públicamente.

Esto produce algo contraintuitivo: empresas extraordinariamente poderosas que se comportan como si estuvieran permanentemente a merced de sus usuarios. La asimetría real de recursos, información e influencia queda eclipsada por la teatralidad de la deferencia. Y esa teatralidad tiene efectos concretos: productos diseñados para no generar nunca frustración, narrativas corporativas que anticipan la queja antes de que exista, y una carrera hacia la mínima fricción que refuerza exactamente las dinámicas de inmediatez y gratificación que el sistema ya amplifica por otros mecanismos.

El miedo a la crítica pública no humaniza a las corporaciones. Las hace más hábiles en parecer humanas.

Deriva emergente

Los efectos sociales negativos no requieren un plan centralizado. Pueden emerger como consecuencia acumulativa de miles de decisiones locales racionales, cada una razonable en su propio contexto, devastadoras en su conjunto. El retrocapitalismo no es una conspiración. Es una propiedad emergente.

Responsabilidad distribuida con asimetría real

Corporaciones, usuarios, plataformas, reguladores y cultura participan simultáneamente en producir y reproducir el sistema. Esa distribución de responsabilidad es real, pero no implica equivalencia de poder. Los actores tienen capacidades, recursos e información radicalmente distintos. Señalar esto no absuelve al individuo. Sitúa correctamente el peso de la responsabilidad.

Agencia real

El individuo tiene agencia genuina y significativa dentro del sistema retrocapitalista. La cuestión es que esa agencia opera bajo condiciones de arquitectura persuasiva, diseño conductual optimizado y presión cultural constante. La libertad no desaparece. Se encarece. Requiere más esfuerzo, más información, más deliberación. El sistema no elimina la capacidad de elegir de otra manera: incrementa sistemáticamente su coste.

El individuo como explotador del bucle

El sistema retrocapitalista no produce únicamente víctimas pasivas ni consumidores inconscientemente manipulados. Produce también individuos que aprenden a explotar sus propias reglas con plena conciencia de lo que hacen.

El caso de las políticas de devolución gratuita es ilustrativo. Miles de personas compran ropa, la usan para una ocasión concreta y la devuelven dentro del plazo permitido. No están infringiendo ninguna norma: la corporación ofrece esa condición como mecanismo de captación y el consumidor la usa en su propio beneficio. La transacción es formalmente correcta en todos sus términos.

Lo que el individuo raramente percibe es el coste agregado de esa conducta multiplicada por miles de usuarios simultáneos. Las devoluciones masivas generan cadenas logísticas enteras dedicadas a gestionar mercancía que con frecuencia no vuelve a ponerse a la venta sino que termina destruida. El impacto medioambiental es considerable. El coste operativo se distribuye en forma de precios más altos para el conjunto de consumidores, condiciones laborales más precarias en almacenes y plataformas de distribución, y presión creciente sobre los márgenes de proveedores y fabricantes. El beneficio es individual e inmediato. El daño es colectivo y diferido, lo que lo vuelve prácticamente invisible desde la perspectiva de quien devuelve el vestido el lunes por la mañana.

Esto sitúa a la corporación en una posición que el propio bucle ha generado y de la que no puede salir sin coste. Es consciente del abuso sistemático de sus políticas. Sabe calcular su magnitud real. Y aun así no puede dar marcha atrás. Restringir las condiciones de devolución en un mercado donde los competidores las mantienen equivale a entregar cuota de mercado. El mecanismo diseñado para capturar al consumidor ha acabado capturando también a la empresa que lo diseñó. La ventaja competitiva se ha convertido en una trampa de la que no existe salida unilateral.

Este fenómeno revela una distinción que el marco necesita sostener con claridad. La agencia individual puede orientarse hacia la transformación colectiva del sistema, como se ha descrito en el principio de reentrenamiento sistémico, pero también puede orientarse hacia la extracción personal dentro del sistema sin modificar nada de su estructura. Un boicot organizado altera la señal de mercado. Miles de devoluciones abusivas la confirman y la refuerzan: le dicen al sistema que las políticas de captación funcionan, que el consumidor está enganchado, que vale la pena asumir el coste. El individuo que explota el bucle no lo disrumpe. Lo retroalimenta desde un ángulo distinto.

La tragedia de los comunes opera aquí con precisión: cada decisión individual es racionalmente justificable, el daño solo aparece en el agregado, y ningún actor individual tiene incentivo suficiente para modificar su conducta de forma unilateral. El sistema retrocapitalista no ha inventado este mecanismo, pero lo ha perfeccionado hasta convertirlo en una dinámica estructural difícil de desactivar sin coordinación externa.

Reentrenamiento sistémico por acción colectiva

Si el sistema aprende del comportamiento humano, el comportamiento humano organizado puede modificar lo que el sistema aprende. La clave está en la distinción entre agencia individual y agencia colectiva organizada: no son lo mismo escalado, son cualitativamente distintas. La coordinación produce propiedades emergentes propias —presión normativa, cambio regulatorio, mercados alternativos con masa crítica, redefinición cultural de lo aceptable. El individuo que boicotea Netflix solo es anecdótico. Una audiencia organizada que migra hacia otras formas de financiación cinematográfica puede alterar la señal de mercado de forma estructural. La transformación colectiva es posible. Tiene un coste cognitivo previo que el sistema se encarga de incrementar, pero es posible.

El boicot y la erosión de la acción colectiva

El boicot es uno de los instrumentos de presión colectiva más eficaces disponibles. Cuando una masa crítica de consumidores retira simultáneamente su participación económica, la señal que llega al sistema es inequívoca y costosa. No requiere legislación, no depende de la voluntad política de terceros, no puede ser ignorada sin consecuencias directas. Históricamente ha funcionado: el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, el boicot a productos sudafricanos durante el apartheid, campañas sectoriales que han forzado cambios de política en semanas. El sistema retrocapitalista tiene, por tanto, un problema estructural con la acción colectiva organizada.

Ese problema se ha ido resolviendo, aunque no siempre de forma premeditada.

Una parte de la erosión del boicot es deriva pura. Las mismas dinámicas que el sistema optimiza para maximizar engagement —personalización extrema, burbujas de contenido, recompensa individual constante, identidades de consumo fragmentadas— producen como subproducto una atomización social que dificulta la coordinación. No hace falta que nadie se proponga sabotear la acción colectiva. Basta con que el diseño orientado al individuo aislado sea, además, el más rentable. El resultado es una sociedad donde cada persona tiene su propio algoritmo, su propia narrativa, su propia tribu de referencia, y donde construir un frente común requiere un esfuerzo de coordinación cada vez mayor.

Hay otra capa. Algunos actores han aprendido a explotar deliberadamente esta fragmentación. La narrativa de la responsabilidad individual como respuesta a problemas estructurales tiene patrocinadores identificables: industrias que financian durante décadas el mensaje de que el cambio climático se resuelve con decisiones personales de consumo, que la obesidad es un problema de disciplina individual, que la precariedad laboral refleja falta de iniciativa. Estos mensajes desplazan sistemáticamente la atención desde la acción colectiva regulatoria hacia la gestión privada del problema. Desactivar el sujeto colectivo antes de que se forme es más eficiente que combatirlo una vez constituido.

El efecto combinado de ambas capas produce una paradoja visible en redes sociales: nunca ha habido tanta indignación pública expresada, y rara vez se traduce en acción sostenida. El boicot contemporáneo tiende a durar lo que dura un ciclo de atención. Estalla, genera ruido, produce alguna declaración corporativa de disculpa calibrada para calmar sin

comprometer, y se disuelve antes de alcanzar masa crítica suficiente para modificar la señal económica de fondo. La corporación ha aprendido también a gestionar ese ciclo: la respuesta rápida, el tono contrito, la promesa de revisión interna son técnicas de contención del daño reputacional que no requieren cambio estructural alguno.

Lo que el sistema ha conseguido, por acumulación de optimizaciones y en algunos casos por intervención deliberada, es separar la indignación de la organización. Una sociedad que siente pero no se coordina es, desde el punto de vista del bucle retrocapitalista, una sociedad segura.

Minorías tractoras y el influencer como tecnología de captura

Uno de los mecanismos más eficaces del sistema retrocapitalista es la capacidad de escalar comportamientos a través de minorías que actúan como vectores de adopción masiva. El proceso puede iniciarse de forma orgánica: un grupo reducido adopta una plataforma, una práctica, un dispositivo, una norma de conducta. Si ese grupo alcanza masa crítica, desencadena simultáneamente dos dinámicas que se refuerzan mutuamente.

El efecto de red rediseña la infraestructura del entorno hasta hacer inviable la no-adopción para quienes quedaron fuera. La mayoría no elige incorporarse en ningún sentido significativo del término: el coste de no hacerlo (exclusión laboral, social, informativa) supera el coste de ceder. WhatsApp no conquistó mercados convenciendo a cada usuario individualmente. Los conquistó haciendo que no estar en WhatsApp significara quedar fuera de conversaciones que ya habían migrado allí sin pedirle permiso a nadie.

En paralelo, la presión cultural instala una estética, un lenguaje, una identidad de consumo que la mayoría percibe como referencia deseable. La adopción deja de ser solo funcional y se convierte en señal de pertenencia.

El sistema ha aprendido a manufacturar este proceso.

El influencer es la tecnología resultante. No una figura que surge espontáneamente del ecosistema digital y que el mercado descubre después, sino un actor que construye deliberadamente la apariencia de espontaneidad como núcleo de su modelo de negocio. La autenticidad que vende es una producción técnica: el encuadre casual, el error calculado, la confidencia fabricada, la recomendación que parece surgir de experiencia personal y responde a un contrato firmado. Su función dentro del bucle retrocapitalista es actuar como minoría de referencia artificial: generar el efecto de arrastre cultural que antes requería adopción orgánica, a una velocidad y escala que la espontaneidad real no puede alcanzar.

La mayoría que termina adoptando lo que el influencer ha normalizado no percibe la mediación. Percibe una tendencia, una preferencia extendida, una elección que otros ya han hecho y validado. Eso es exactamente lo que el sistema necesita: que la captura parezca contagio social.

Existe un caso límite que vale la pena reconocer. El micro-influencer que comienza sin acuerdos comerciales y con intención genuina puede acabar siendo absorbido por la misma

lógica sin haberla buscado: las métricas de plataforma seleccionan el contenido que más engancha, los contratos llegan cuando el perfil ya ha sido moldeado por esa selección, y el creador que quiere sobrevivir económicamente aprende a optimizar su autenticidad para el algoritmo. El bucle procesa también a quienes entran en él sin mala fe. Pero ese caso no invalida la lectura dominante: la industria del influencer como sistema maduro opera mayoritariamente con plena conciencia del mecanismo que explota.

Lo que ha conseguido el retrocapitalismo con esta figura es externalizar parte del trabajo de captura conductual hacia actores que asumen el coste reputacional de la persuasión mientras el sistema absorbe el beneficio de la adopción masiva.

El Estado en el bucle

El Estado introduce una tensión que el modelo no puede ignorar. La lectura más simple lo sitúa como regulador externo: el mercado optimiza captura conductual, el Estado interviene cuando esa optimización produce externalidades sociales inasumibles. Protección de datos, límites publicitarios, regulación del tabaco, las apuestas o los monopolios. Desde esta lectura, el Estado es el freno sistémico.

El problema con esa lectura es que es parcialmente cierta y, por serlo solo parcialmente, resulta más engañosa que una falsedad directa.

Las cuatro posiciones que el Estado ocupa dentro del sistema retrocapitalista no son alternativas entre las que elegir. Coexisten en proporciones variables según el contexto histórico, el país y el sector concreto.

Como regulador externo, el Estado compite contra un sistema con feedback en tiempo real y adaptación continua, mientras opera con burocracia, latencia regulatoria y ciclos electorales. El sistema aprende más rápido que la regulación. Esa asimetría de velocidad no es un defecto corregible con más presupuesto: está inscrita en la naturaleza de ambos mecanismos.

Como actor dentro del bucle, el Estado replica parcialmente la misma lógica que intenta regular. Los gobiernos observan métricas de opinión, engagement político, comportamiento electoral y reacción mediática, y adaptan su conducta. La política diseñada para el ciclo mediático corto, el populismo de métrica instantánea, la legislación reactiva a tormentas de redes sociales: son todos casos donde el Estado ha dejado de ser árbitro externo para convertirse en otro actor sometido parcialmente a lógica retroalimentada. El bucle se extiende: usuario ↔ corporación ↔ Estado ↔ ecosistema mediático.

Como metaoptimizador, el Estado puede intervenir para mantener la estabilidad del propio ecosistema retrocapitalista. Cuando una dinámica extractiva amenaza la productividad, el orden social, la legitimidad institucional o la sostenibilidad económica, aparece corrección. No necesariamente por razones éticas, sino porque la inestabilidad sistémica tampoco le conviene a nadie con interés en que el sistema continúe funcionando. El Estado actúa, en estos casos, como controlador homeostático.

Como actor capturado, las instituciones pueden empezar a optimizar su supervivencia política usando los mismos mecanismos conductuales del entorno que intentan regular. Campañas que dependen de atención, partidos que dependen de percepción inmediata, financiación que altera incentivos. No es necesariamente corrupción clásica. Es algo más sutil y más difícil de señalar: la convergencia gradual entre los mecanismos de supervivencia institucional y la lógica del sistema que la institución tiene el mandato de supervisar.

Una formulación que recoge estas cuatro capas simultáneas: el Estado participa como regulador, como competidor, como dependiente y como producto parcial del ecosistema retrocapitalista. Esa simultaneidad es incómoda, pero es más precisa que cualquier versión simplificada. La tesis fácil (el Estado como marioneta corporativa) empobrece el modelo porque borra la capacidad regulatoria real que el Estado conserva y que en determinados contextos ha ejercido con eficacia. La tesis contraria (el Estado como árbitro neutral) ignora los mecanismos por los que el sistema coloniza progresivamente las instituciones diseñadas para limitarlo.

Qué no es retrocapitalismo

El concepto tiene fronteras. Sin ellas pierde precisión analítica y acaba funcionando como etiqueta genérica aplicable a cualquier forma de explotación económica, que ya tiene nombres propios y literatura específica.

El retrocapitalismo requiere que el bucle de retroalimentación opere en ambas direcciones con cierto grado de funcionalidad. Cuando una de las dos direcciones está bloqueada de forma estructural, el fenómeno que se describe es otro.

Situaciones de monopolio duro, mercados cautivos sin alternativa real, coerción directa o dependencia estructural absoluta no constituyen retrocapitalismo. Si el consumidor no puede modificar su conducta de forma que genere una señal diferente (porque no tiene alternativa, porque la relación es coercitiva, porque el mercado está cerrado) entonces no hay bucle. Hay extracción unilateral, que es una categoría distinta y en muchos sentidos más antigua. Un trabajador en condiciones de servidumbre por deuda no está siendo optimizado conductualmente: está siendo retenido. Un usuario de un monopolio de agua no está siendo fidelizado: no tiene adónde ir. Aplicar el término retrocapitalismo a estas situaciones no las describe mejor; las describe peor, porque borra la especificidad del mecanismo.

El otro límite: empresas que capturan datos o reciben señales de comportamiento pero no las utilizan para recalibrar su oferta, o sectores donde la rigidez estructural, tecnológica o regulatoria impide que esa recalibración ocurra. Si el feedback existe pero el sistema no aprende de él, el bucle tampoco opera. Una empresa que vende el mismo producto de la misma forma independientemente de cómo responda el usuario no está dentro del modelo, aunque sus prácticas puedan ser igualmente cuestionables por otras razones.

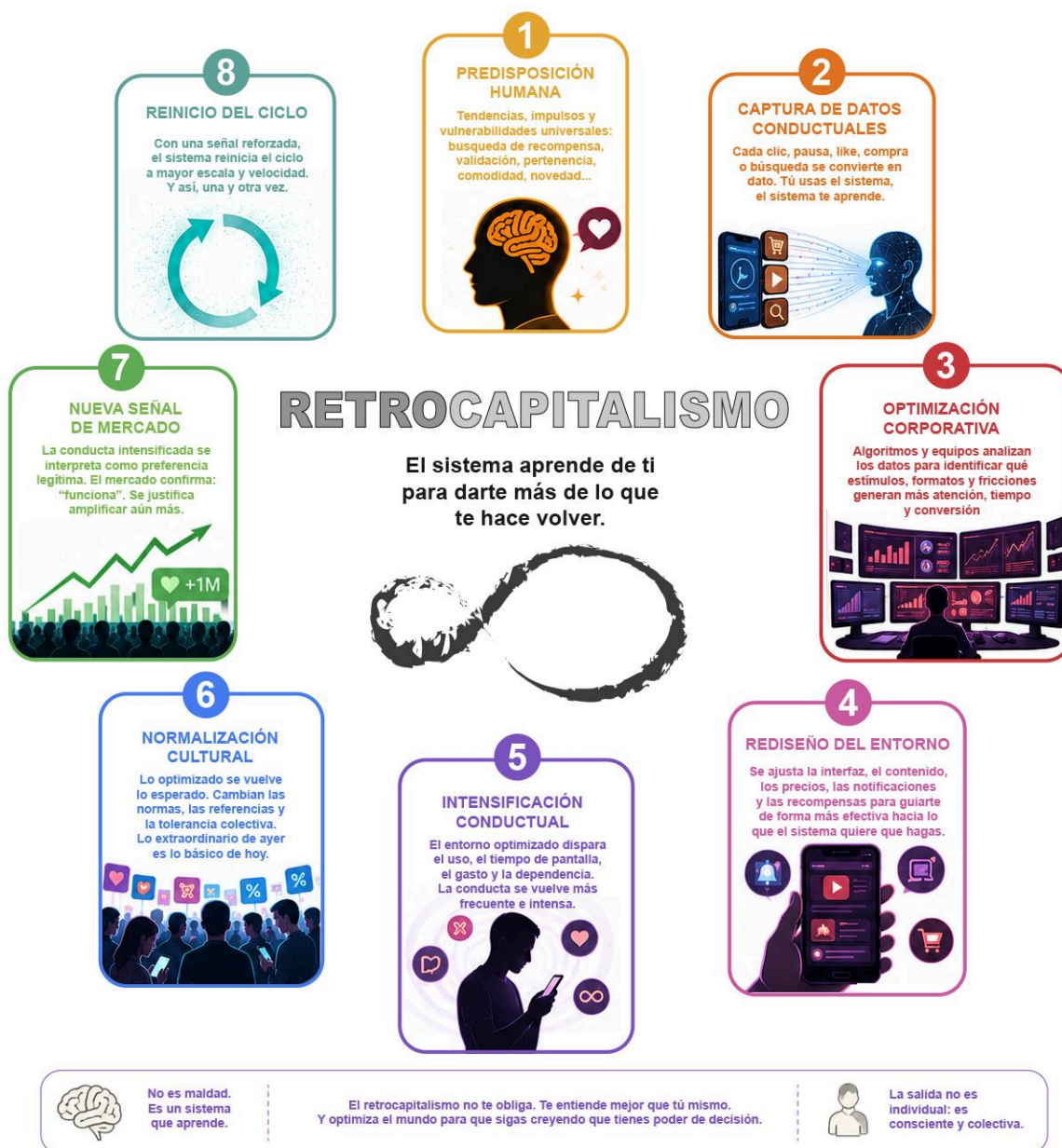
Lo que define al retrocapitalismo no es la presencia de poder corporativo ni la ausencia de ética empresarial. Es la dinámica específica de aprendizaje mutuo entre sistema económico

y conducta humana, donde cada ciclo recalibra al otro y donde ese proceso produce, como propiedad emergente, degradación de capacidades colectivas que ningún actor individual se ha propuesto como objetivo.

Donde esa dinámica no existe, el nombre no aplica.

El bucle completo

El bucle puede interrumpirse. Requiere intervención deliberada: regulación, alfabetización crítica, organización colectiva, construcción de alternativas con suficiente masa. Ninguna de estas intervenciones es sencilla. Todas son posibles.



Posicionamiento frente a marcos existentes

Un lector crítico va a buscar equivalencias. Algunas son legítimas y el retrocapitalismo las incorpora. Otras son marcos con los que comparte diagnóstico pero de los que se distancia en el mecanismo causal o en el alcance.

Zuboff y el capitalismo de vigilancia

Es la referencia más cercana y la más importante de situar con precisión. Zuboff describe con rigor cómo las grandes plataformas tecnológicas extraen datos de comportamiento como materia prima para construir mercados de predicción y modificación conductual. El diagnóstico es sólido y el retrocapitalismo lo incorpora. La diferencia está en el alcance y en la arquitectura causal. El capitalismo de vigilancia tiene protagonistas identificables (Google, Meta, el ecosistema de datos digital) y opera fundamentalmente en el entorno tecnológico. El retrocapitalismo propone un mecanismo más amplio y más distribuido: no requiere plataformas digitales para operar, no tiene agente rector identificable, y abarca dinámicas (la industria alimentaria, el sistema financiero de consumo, la producción cultural, la política mediática) que el marco de Zuboff no pretende cubrir. Además, el retrocapitalismo incluye dimensiones que Zuboff deja sin desarrollar: la corporación atrapada por su propio bucle, el individuo como explotador activo del sistema, el Estado como actor simultáneamente regulador y retroalimentado.

Hardin y la tragedia de los comunes

El modelo de Hardin describe cómo actores racionales agotan un recurso compartido en ausencia de coordinación o regulación. La estructura es reconocible en varios mecanismos del retrocapitalismo, pero la analogía tiene un límite preciso. En Hardin, el procomún es pasivo: los actores lo degradan, pero el recurso no responde, no aprende y no hace nada para dificultar que los actores escapen del problema. La tragedia surge de la racionalidad individual frente a un bien estático. En el retrocapitalismo el sistema es activo: los recursos que se agotan (atención sostenida, capacidad crítica, cohesión social) son degradados por un mecanismo que simultáneamente aprende a encarecer la coordinación necesaria para protegerlos. La trampa se cierra sobre sí misma. Cuanto más opera el bucle, más costoso resulta el instrumento que permitiría interrumpirlo. Hardin describe un colapso por omisión. El retrocapitalismo describe un colapso asistido activamente por el propio sistema que se beneficia de él.

Marcuse y la Escuela de Frankfurt

La idea de un sistema económico que produce necesidades artificiales, degrada capacidades críticas y genera una cultura funcional a su propia reproducción tiene una larga tradición dentro de la teoría crítica. El retrocapitalismo comparte parte de ese diagnóstico: hay una erosión de la autonomía, una normalización de ciertas formas de consumo y una tendencia del entorno cultural a favorecer dinámicas compatibles con la continuidad del sistema.

La diferencia aparece en el mecanismo causal.

Marcuse y buena parte de la tradición frankfurtiana trabajan con modelos donde la dominación conserva una direccionalidad relativamente identificable: estructuras económicas, industrias culturales, racionalidades instrumentales y dispositivos de poder que reproducen un orden funcional a sí mismo. Estas dinámicas no requieren conspiración explícita ni coordinación consciente total entre actores, pero mantienen una lógica donde la influencia del sistema desciende principalmente desde estructuras organizadas hacia los sujetos.

El retrocapitalismo propone una arquitectura distinta. El daño no emerge prioritariamente de una racionalidad de dominación ejercida desde arriba, sino de procesos distribuidos de selección adaptativa. Las dinámicas destructivas se imponen porque ofrecen ventajas competitivas locales dentro del ecosistema económico: capturan mejor atención, reducen fricción, aumentan recurrencia, generan dependencia funcional o estabilizan señales de mercado favorables. Ningún actor necesita proponerse la degradación colectiva para que esta aparezca como propiedad emergente del sistema.

La diferencia tiene consecuencias prácticas. En la teoría crítica clásica, el problema conserva centros de reproducción relativamente discernibles sobre los que puede concentrarse la crítica y la intervención. En el retrocapitalismo, el poder aparece fragmentado, recursivo y distribuido: corporaciones, consumidores, plataformas, instituciones y cultura participan simultáneamente en un bucle que ningún actor controla plenamente y del que, sin embargo, todos extraen incentivos parciales.

Un sistema sin director identificable resulta más difícil de interrumpir precisamente porque elimina gran parte de los puntos claros de intervención política, moral o cultural. La gravedad del fenómeno no disminuye por eso. Aumenta.

Hipótesis central

El retrocapitalismo tiende a favorecer sistemáticamente lo que maximiza rendimiento conductual a corto plazo, aunque ello deteriore capacidades humanas de largo plazo: atención profunda, pensamiento crítico, estabilidad psicológica, cohesión social, sostenibilidad material. El sistema no persigue ese deterioro. Simplemente no tiene ningún incentivo para evitarlo, y todos los incentivos para profundizarlo.

A diferencia de la tragedia de los comunes de Hardin, donde el recurso compartido se agota de forma pasiva por acumulación de decisiones individuales racionales, el retrocapitalismo opera sobre un procomún activo. Los recursos que degrada (capacidad crítica, atención sostenida, cohesión colectiva) son exactamente los instrumentos que permitirían interrumpir el bucle. El sistema no solo los consume: aprende a encarecer su recuperación. Cada ciclo completado hace más costosa la coordinación necesaria para el siguiente intento de transformación.

El individuo que opera dentro del sistema no es únicamente víctima de este mecanismo. Es también, en distintas proporciones según el contexto, su cómplice funcional. La explotación activa de las condiciones que el sistema ofrece (desde el abuso de políticas diseñadas para capturar hasta la adopción acrítica de normas instaladas por minorías artificiales) retroalimenta el bucle desde el lado del consumidor. La agencia individual existe y es real, pero puede orientarse hacia la extracción personal dentro del sistema con la misma facilidad que hacia su transformación. El sistema ha aprendido a hacer la primera opción más intuitiva, más inmediata y menos costosa que la segunda.

El Estado no queda fuera de esta dinámica. Las instituciones diseñadas para regular el sistema pueden ser simultáneamente reguladoras, competidoras, dependientes y productos parciales del mismo ecosistema que intentan supervisar. La velocidad de adaptación del sistema supera estructuralmente la latencia regulatoria, lo que convierte la regulación en un mecanismo de corrección permanentemente reactivo frente a un objeto que ya ha mutado cuando la norma llega.

El resultado agregado es un sistema que se estabiliza sobre su propia expansión. Genera las condiciones de su continuidad erosionando las capacidades colectivas necesarias para cuestionarlo, fragmentando los sujetos que podrían organizarse para transformarlo, capturando las instituciones que podrían limitarlo y naturalizando sus propias optimizaciones hasta hacerlas parecer preferencias espontáneas. La salida no está cerrada. Pero el sistema ha aprendido, ciclo a ciclo, a alejarla.